

¿ HUMANISMO CRISTIANO O CRISTIANOS HUMANISTAS?

Humanismo cristiano

La expresión ha tomado un tinte político: ¿democracia cristiana? ¿centro-izquierda?. O un tinte cultural: ¿Maritain?, ¿Mounier?. Suena un poco sospechosa a algunos creyentes: ¿Acaso el cristiano no debería hablar más de teísmo que de humanismo? Y si humanismo se opone a teísmo, ¿qué hace allí el adjetivo cristiano?

Son todas estas impresiones vagas, confusas, a veces interesadas. Voy a tratar de analizarlas, desde el punto de vista de un hombre de fe, de un cristiano.

Para un hombre de fe, en concreto para un cristiano formado en la Biblia, educado en la Iglesia, animado por el Espíritu, todo hombre, incluso el que no tiene fe, es criatura de Dios, creado a su imagen y semejanza, vale decir inteligente y libre; al ser concebido, ya lleva en sí el germen, la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, la capacidad de crear una cultura, un arte, una ética, una religión. Es depositario de una revelación interior, la ley natural de que hablan los hombres de moral y de derecho; es capaz de distinguir el bien y el mal, o por lo menos de saber que existen el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo. Y aunque no tenga la oportunidad de abrirse a la revelación bíblica, aunque no haya conocido a Cristo ni a su Iglesia, por la gracia de Dios, que brilla como el sol o cae como lluvia sobre creyentes y no creyentes, va caminando hacia Dios y Dios lo ayuda en su caminar.

Entonces, lo que crea ese hombre, lo que crean esos hombres y llaman humanismo, no es necesariamente una negación del teísmo –del conocimiento elemental de Dios; es, o puede ser, un paso hacia El y puede

ser ya un teísmo que se manifiesta a través de su humanismo, aun cuando este no tenga el calificativo de “cristiano” y quizás aun si adquiere con el tiempo los calificativos de “laico” o de “marxista”.

Allende hablaba de los tres humanismos que los sustentaban: el laico, el marxista y el cristiano. Todo lo humano, por ser humano, tiene ya algo de divino, pese al error, pese al pecado, porque Dios lo pervade todo y desde luego todo lo humano.

Paul Claudel, a quien muchos tenían por el mas grande poeta cristiano de su tiempo, decía: “no hay poetas cristianos; puede haber cristianos que sean poetas”. Talvez el humanismo cristiano se aclara si cambiamos el orden de los términos: el cristiano, a la par que el laico o el marxista, o cualquier otro, puede ser, o no ser, humanista. Y si lo es será un “cristiano humanista”. Pero el ser cristiano será sustantivo, no adjetivo. Talvez este simple malabarismo gramatical ayuda a poner las cosas en su lugar. Allende habría dicho mejor: mi gobierno se apoya en cristianos, en laicos y en marxistas, siempre que sean humanistas.

Ser humanista cristiano es como ser demócrata cristiano: primero se es, o no se es, cristiano. Y luego se es, o no se es, demócrata o humanista.

¿En qué consiste ser humanista? ¿Qué es el humanismo?

El término aparece en el siglo XIV y se difunde en los siglos XV y XVI. Algunos han visto en el humanismo un rechazo de la cultura medieval que, por ser teísta, centrada en Dios más que en el hombre, no podía ser verdadero humanismo. El descubrimiento, por aquella misma época, de las ruinas de la civilización greco-romana, especialmente en Italia y en Roma; la aparición en muchas bibliotecas monásticas de manuscritos de los grandes escritores latinos –Cicerón, en particular-; la llegada a Occidente de eruditos griegos, huyendo de los turcos y que traían consigo manuscritos

de los clásicos griegos, despertaron un renovado interés por la cultura greco-latina. Se le vio como centrada en el hombre, más que en Dios, como un humanismo. Es claro que el hombre del Renacimiento, de formación católica, no tenía mucho que aprender del teísmo greco-latino (en este caso un politeísmo). El cristianismo le parecía muy superior. Pero sí tenía mucho que aprender de Platón, en filosofía, o de Cicerón en oratoria o en literatura. La herencia greco-latina le pareció poco valiosa como teísmo, pero muy valiosa como humanismo. La hizo suya: el estudio escolar de la lengua y de la cultura greco-latina pasó a constituir las “humanidades” que introducían en el “humanismo” greco-latino. Fue la base de la enseñanza media o secundaria y aun, en países como Inglaterra, de la enseñanza universitaria. Un hombre culto tenía que saber latín y griego y conocer a Homero, a Eurípides, a Horacio, a Virgilio. Una vez convertido en humanista podría aprender cualquier profesión. Si no tenía cultura humanista podría ser un buen artesano, un buen técnico: no sería un profesional, un universitario, un hombre culto.

Muchos grandes humanistas de aquellos tiempos, la mayoría, fueron cristianos, como Erasmo por ejemplo, incluso cristianos fervorosos como Tomás Moro. En otros, la pasión por lo humano enfrió el interés por lo divino. Algunos incluso dejaron de ser cristianos y entraron en conflicto con la Iglesia Católica o con las Iglesias Protestantes. Pero el humanismo, de por sí, no es anti-teísta, anti-cristiano, o anti-religioso. Por el contrario, es un camino que lleva, o al menos que puede y debe llevar, a Dios. Se puede por lo tanto ser cristiano y ser humanista. Se puede ser humanista sin ser cristiano. Pero ¿se puede ser cristiano y no ser humanista?

Se puede. Y es por eso que un cristiano puede optar por ser humanista o por no serlo. Los que nos llamamos “humanistas cristianos” somos cristianos que hemos optado por el humanismo. Somos cristianos que no nos contentamos con una teología centrada únicamente en Dios,

sino que cultivamos también una antropología, centrada en el hombre, en el hombre en cuanto viene de Dios y va hacia Dios, en cuanto recibe de Dios la luz que ilumina su camino hacia Él, en cuanto su búsqueda de Dios forma parte de su naturaleza humana y en cuanto debe ayudarlo a vivir en la vida humana diaria, lo que ha recibido de Dios. Somos cristianos que amamos a los hombres, que buscamos el bien de los hombres, el crecimiento del hombre, su plenitud en Dios. Por eso somos no solo teístas sino humanistas; no solo teólogos sino también antropólogos. Somos cristianos y somos también humanistas. Nuestro humanismo procede de un cristianismo bien entendido y se encuentra con otros humanismos que no tienen, o tiene muy atenuada, esa dimensión divina pero que pueden ser muy valiosos pese a su deficiencia.

Valores cristianos

Quiero ahora agregar unas palabras sobre los llamados “valores” y la relación existente entre el “humanismo cristiano” y determinados “valores”. Creo que la opinión pública percibe claramente que lo que, dentro de la Concertación distingue la Democracia Cristiana de los otros partidos, los que suelen llamarse “progresistas”, es precisamente este tema: el de los valores. La DC se inspiraría en un set de valores: los valores “cristianos”, mientras el PS, el PPD, el PRSD se inspirarían en otro set de valores: racionales, filosóficos, científicos, laicos, “modernos” pero no necesariamente cristianos.

El término “valores” de que trata la axiología es relativamente reciente. La ética habla mas bien de “preceptos”, de “mandamientos”, de origen “divino” para los unos y de origen simplemente “humano” para los otros. El precepto, el mandamiento, la ley tienen el carácter de una obligación, a la que uno debe someterse, sea su origen divino o humano. La ley prohíbe el robo, el robo es un delito y el que roba, es castigado por

la sociedad, por la ley. El valor es mas bien una inspiración, un sentimiento, al cual uno adhiere libremente, pero, por decirlo así, visceralmente. Las relaciones dentro de la familia, entre esposos, entre padres e hijos son más del orden de los valores que de las obligaciones, lo que no le quita nada a su fuerza y a su exigencia.

La ética cristiana, por ser de origen divino, habla de mandamientos más que de valores: “Honrarás padre y madre”, “No matarás”. Pero detrás del mandamiento hay valores: el valor de la familia, la no codicia de los bienes ajenos. Y en la base de todos los mandamientos está el amor, que aun cuando se hable del “mandamiento del amor” es un valor más que un mandamiento, el valor supremo, el que se identifica con el mismo Dios.

Personalmente me gusta que se hable de “valores”, más que de “mandamientos”, sobre todo en el diálogo entre creyentes y no creyentes, como es el diálogo en el plano político. La mentalidad moderna es libertaria, gusta poco de los mandamientos, de las obligaciones, de lo que es o parece ser impuesto, por Dios o por los hombres. En cambio suele hasta cubrir sus intereses y sus egoísmos bajo el manto dignificador de los valores.

Voy a tratar de hacer un paralelo entre los valores “cristianos” -para muchos “tradicionales”, al menos en Chile- y los valores “modernos”, que suelen ser también tradicionales, muy antiguos y muy universales, que derivan de las religiones primitivas, de la filosofía, griega y moderna, del derecho, de las costumbres, de la ciencia, pero dan la impresión, en nuestro contexto tradicionalmente católico, de ser mas recientes, mas actuales, mas “modernos”.

Vamos a limitarnos a comparar este doble set de valores en tres aspectos fundamentales: los valores relacionados con el matrimonio, la familia, el sexo y la vida; los valores relacionados con la compasión, la justicia y la sociedad; y los valores que tiene que ver con la manera de ser

del hombre, con su visión de sí mismo, con su integridad personal y su libertad interior.

1.- El matrimonio, la familia, el sexo, el respeto a la vida.

El matrimonio monogámico e indisoluble es un valor universal pero con un fuerte respaldo en la Biblia, incluso en palabras de Cristo en el Evangelio. El matrimonio que se expresa en la relación sexual, como expresión de amor entre los esposos y como medio para transmitir la vida; la familia como célula originaria de la sociedad, como anterior a ella; el respeto a la vida del niño, desde el momento en que es concebido; el respeto al mecanismo fisiológico por el cual la relación sexual pone en marcha el proceso de transmisión de la vida. O sea: no a la poligamia, no al divorcio, no a la anticoncepción por procedimientos artificiales, no al aborto, no al homicidio en cualquiera edad de la vida. Sí al amor de un hombre y de una mujer, sí al respeto de la relación sexual y del proceso que desencadena, sí a la vida humana desde el óvulo fecundado hasta la muerte natural. Sí al plan divino y no a la intervención humana para alterar el plan divino. Sí, al respeto a la ecología, a las leyes de la naturaleza y no a la tecnología que prescinde de ellas. Agreguemos la relación sexual solamente entre esposos y abierta a la fecundación. No al sexo fuera del matrimonio. Y no, de paso, a las enfermedades de transmisión sexual, como el Sida.

Muchos adhieren a estos valores “cristianos” como a un ideal, admirado y deseado pero difícil de alcanzar. La fuerza del instinto sexual y el placer que acompaña la relación sexual hacen difícil el perfecto control del instinto que el plan expuesto exige. El ambiente “permisivo”, estimula artificialmente el instinto y hace mas difícil su control. Por otra parte la sociedad hace difícil la realización del ideal de la familia numerosa. Pocas son las parejas que pueden, en la actual organización de la sociedad

occidental, hacer frente a la mantención y a la educación de una familia de 3 o más hijos.

El set de valores “moderno” se hace cargo de estas dificultades y, en vez de afrontarlas directamente, flexibiliza el proyecto que acabamos de describir. El hombre y la mujer, nos dice, son libres de usar de su sexo como deseen. Pueden postergar el matrimonio –en cuanto implica responsabilidad y compromiso- y substituirlo por la relación de pareja. Tiende a limitar la fecundidad, consecuencia natural de la relación sexual, mediante las diversas técnicas de anti-concepción. Muchos aceptan el aborto, con el nombre de “interrupción del embarazo” y, para evitar que se le califique de homicidio, decretan que la vida humana no empieza en el momento de la concepción –unión del espermatozoide masculino y del óvulo femenino- sino en algún momento del proceso de desarrollo intrauterino, incluso en una posición extrema, al nacer. No excluyen el proceso que hemos descrito como conforme a los valores cristianos, lo excluyen, lo alaban incluso, pero lo dan como un ideal difícil de alcanzar para la mayoría y que no se puede imponer como la única fórmula lícita.

O sea: sí a la libertad del sexo, dentro y fuera del matrimonio; sí al matrimonio y a la pareja pero sin carácter exclusivo e intangible; sí por lo tanto al divorcio, sí al control de la concepción y sí –al menos para muchos- a la interrupción del embarazo, por la conveniencia y por la voluntad de los padres, o solamente de la madre, a veces de la sociedad.

A mí entender los que propiciamos los valores cristianos o los valores del humanismo cristiano tenemos que tener en cuenta tres elementos:

- 1.- Expresar la doctrina con claridad, más como un ideal que puede ser aceptado por una mayoría, que como una obligación estricta. El aspecto de “obligación” corresponde más a las autoridades de la Iglesia que a los políticos, aun cuando sean católicos, o les corresponde a título personal: el

PDC no es un partido católico confesional que dependa de la jerarquía de la Iglesia.

2.- Tenemos que ayudar a la gente a cumplir, lo mejor que puedan, un ideal que, para muchos es difícil y para algunos casi imposible. No basta con decir cómo deben ser las cosas, hay que ayudar a que sean como deben ser.

3.- Tenemos que ayudar a que la sociedad haga posible y aun facilite el cumplimiento de los valores cristianos, interviniendo en campos que solo tienen con la familia una relación indirecta: la educación de los niños y adolescentes, la vivienda, la urbanización de los barrios populares, el nivel ético de los medios de comunicación, las situaciones de extrema pobreza y las grandes desigualdades económicas, la adicción al alcohol y a la droga. Hacer posible, o más fácil, el cumplimiento de los valores cristianos en el Chile de hoy.

2.- La justicia, la compasión y la austeridad de vida

Un valor cristiano es la justicia. Por lo demás es un valor compartido por todos. Nadie pretende defender un orden social injusto. Muchos podrán “callar” ante la injusticia, o “no hacer nada” para corregirla e incluso “aprovecharse” de ella, pero nadie defiende la injusticia como un valor.

En cambio la compasión por el sufrimiento ajeno es un valor netamente cristiano que estimula, que acicata la lucha por la justicia o por una mayor justicia ya que la justicia perfecta y para todos es talvez inalcanzable.

El cristiano entra a este debate en el plano político o socio económico, con dos características propias, netamente bíblicas, incluso evangélicas. La primera es su capacidad de sufrir con el que sufre o sea de compadecer, de “ padecer con” el que está padeciendo. La compasión es expresión de amor al prójimo, no tan solo a la sociedad tomada en su

conjunto, no tan solo a un sector social, la clase obrera, los pobres... sino a todos los que sufren, aun cuando, por otro lado, puedan tener ventajas comparativas en relación con otros. Antes de enseñarnos a preocuparnos de la sociedad humana, Cristo nos enseñó a preocuparnos de la persona humana, del que tenemos por delante en la familia, en el barrio, en el trabajo, en la calle, donde sea. Y antes de enseñarnos a servirlo, nos enseña a quererlo, a amarlo y a compadecernos de su sufrimiento.

Pero hay una segunda característica, cristiana, evangélica. El servicio del prójimo requiere disponibilidad de tiempo y de recursos. Requiere en la práctica un cierto desapego de lo que tenemos y una disposición a compartir con el que necesita más que uno. Requiere una cierta austeridad, o si se quiere una cierta sencillez de vida, que deja tiempo y recursos disponibles para ayudar al que no se la puede solo. Y esto también es un valor cristiano.

Pero esto es también un punto de contacto y de colaboración con quienes siguen los valores “modernos”. La defensa y el respeto de los derechos humanos, la democracia, la educación para todos, la salud y la seguridad para todos, la atención de los discapacitados, la lucha contra la violencia intrafamiliar, el maltrato infantil, las discriminaciones... suelen ser promovidas por quienes siguen los valores modernos, tanto o más que por los que siguen los valores cristianos. Es un terreno de encuentro y de colaboración.

Queda el tema propiamente político de la creación de una sociedad justa que asegure a la vez, y a todos, la prosperidad, o sea la abundancia o, al menos, la suficiencia de los bienes necesarios o deseados y la justa distribución de esos bienes entre todos. Hemos vivido siglos de lucha entre el liberalismo burgués y el socialismo proletario. Hemos buscado un sistema intermedio. Hemos procurado introducir el pensamiento y la acción cristiana para superar las fallas de uno u otro sistema. Allí están las

enseñanzas sociales de la Iglesia y la de muchos pensadores cristianos. Hoy parece triunfar el liberalismo pero seguimos buscando un sistema, mas justo, que no sacrifique ni la libertad a la igualdad ni la igualdad a la libertad, un sistema en el que la fraternidad pase, en la trilogía revolucionaria francesa, del tercer al primer lugar, regulando la libertad y la igualdad. En este empeño los que siguen los valores cristianos tienen mucho que aportar sin desconocer el aporte de los demás. Ser talvez el aceite que lubrica la máquina de la sociedad humana, que impide que se fundan, por el roce, las piezas metálicas o ser el caucho que da flexibilidad al conjunto. Pero no cabe duda que el pensamiento político y social, incluso filosófico y teológico, debe recuperar el control de la sociedad humana y no dejarlo en manos de los solos poderes económicos. Y este es un desafío pendiente y, probablemente, urgente.

3.- La conciencia y la libertad interior

Existe un tercer aspecto valórico en que cristianos y modernos en parte coincidimos y en parte no. “La Iglesia, decía el Papa Paulo VI, es experta en humanidad”. El cristiano cree en la persona humana, más aun que en la sociedad humana. Cree más en el hombre que en la política, la sociología o la economía. Y no solo en la sicología sino en la pedagogía. Cree que el hombre debe aprender a discernir entre el bien y el mal. Adquirir un criterio moral sano. Debe ser entrenado, desde niño, a querer ser bueno y a no querer ser malo, a amar el bien más que el mal: es la conciencia moral. Y, finalmente, debe ser capaz de hacer el bien y de no hacer el mal: es el carácter moral.

El mundo moderno es débil en estos tres aspectos. La ética moderna evita definir claramente entre lo que es bien y lo que es mal, salvo en unos pocos temas. Tiende a respetar el “criterio” y la “conciencia” morales de cada cual más que imponer una moral objetiva y universal.

Por otra parte se advierte también una crisis profunda de “carácter” moral, una incapacidad de hacer lo que uno debe y quiere hacer. Se observa en la dependencia, en la adicción a la droga, al alcohol, al sexo, al dinero, a lo que sea, que anula la libertad interior. El que es “dependiente” no es “libre”. Pareciera que una vez conquistadas todas las libertades exteriores no faltara reconquistar ahora la libertad interior, la reciedumbre del carácter. La familia ha perdido fuerza para entrenar a los niños en el desarrollo del carácter moral. Y la escuela parece no sentirse responsable de este aspecto de la educación o impotente frente a él: a veces la misma falta de disciplina en la escuela dificulta a los maestros transmitir a sus alumnos eso mismo que ellos quisieran enseñarles.

Talvez este no sea un tema político. Pero la formación moral del hombre a la libertad interior, a la personalidad, es uno de los valores sin los cuales los demás valores tienen dificultad para afirmarse.

Luchar por introducir y por difundir ese triple set de valores referentes a la familia, a la sociedad y a la personalidad de cada hombre, parece ser tarea emblemática del humanismo cristiano, la que caracteriza a quienes lo profesan, el servicio propio que pueden prestar al país. No necesariamente en oposición a quienes profesan otro set de valores diferentes, sino como una colaboración con todo lo positivo que tienen los valores de ellos y una complementación de lo que le falta a esos valores. Y en ciertos casos también como una oposición a los contra valores que van en contra del hombre mismo, de su integridad.